

salmonetes rojos

Haikus y prosa
MARTA LÓPEZ CUARTERO

Poemas, ilustraciones y esculturas
JORDI ROSÉS MARINEL-LO

Prólogo de
NÚRIA CASAT

EDICIONES



INVISIBLES

Primera edición: septiembre de 2016

© de los haikus y los textos en prosa, Marta López Cuartero

© de los poemas, las ilustraciones y las esculturas

que aparecen en la cubierta, Jordi Rosés Marinel-lo

© del prólogo, Núria Casat

© de las características de esta edición:

Ediciones Invisibles

Tuset 13, 3.º 1.ª – 08006 Barcelona

Tel. 93 453 55 00

www.edicionesinvisibles.com

invisibles@edicionesinvisibles.com

ISBN: 978-84-945613-0-6

Depósito legal: B 18154-2016

Fotocomposición: Alfa

Impresión y encuadernación: Romanyà Valls

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transmisión de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos

Reprográficos, www.cedro.org) si necesita

fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

«Por diferentes motivos se marchan los hombres a los confines abandonados del mundo. A algunos les impele solamente el afán de aventuras, otros sienten una intensa sed de saber, los terceros obedecen a la seductora llamada de unas voces quedas, al encanto misterioso de lo desconocido que les aleja de los senderos rutinarios de la vida cotidiana.»

Sir Ernest Shackleton

(1874-1922)

Explorador polar anglo-irlandés

I

PARTIDA DESDE CADAQUÉS



*Noche de luna,
traza luz peregrina.
Sendas del mar.*

Cadaqués, primavera de 1910. Salvador sale a pescar, como tantas veces lo ha hecho, sin saber que cuando regrese, al igual que los olivos de cabellos de plata arraigados en las laderas de pizarra, se quedará en tierra firme para siempre.

Flanqueado por bancales de paredes plomizas, arquitectura artesanal de los labradores de vid, garrigas y olivares, Salvador baja desde su barraca, situada en las afueras de Cadaqués, junto a la ermita de Sant Baldiri, en lo alto de la colina. Con pasos ágiles desciende por los escalones de piedra y avanza por el sendero que le lleva hasta la playa de Ses Olivares, donde tiene varado su laúd. Va cargado con todos los aparejos de la barca.

Es alto y de complexión robusta y fornida, y únicamente sus facciones revelan su avanzada edad. Cincuenta años por el mismo recorrido hacen que conozca el camino de memoria; con los ojos cerrados sus pies le llevarían hasta su barca sin titubear. Le acompañan en la bajada el olor de las flores silvestres y el ladrido de algún perro de las casas vecinas.

Una ligera brisa seca del norte sopla a intervalos. Es la cola del viento polar que arrecia cada primavera, a principios de junio, el monte de El Pení: desde el Pirineo y sin contemplaciones le cala los huesos medio dormidos, pero sabe que el buen paso de bajada le hará entrar en calor y le templará el

cuerpo, ahuyentando el frío. Salvador ve el mar allá abajo, al final del camino. También divisa en la lejanía, hundidas en el horizonte, unas nubes que resplandecen difusas y extrañas de color cobre, como oxidadas.

La luna se alza sublime sobre el agua de la bahía. No se ve luz detrás de las ventanas de las casas; aún no ha amanecido y es domingo. La voz de Saura, el sereno, no canta en los días festivos las horas de la madrugada, ni recita versos que previenen de las inclemencias del mal tiempo en el mar. Tampoco se ven esta noche las piedras pequeñas pintadas de blanco que los pescadores habitualmente le dejan en los umbrales de las puertas para anunciarle la hora a la que los ha de despertar.

Salvador hace días que no las coloca en su puerta, no le hace falta; lleva noches de desvelo preguntándose, al vago resplandor de una candela, si quizás debería haber emprendido alguna vez en su vida un viaje largo de comerciante, lejos de sus rutinas al otro lado de la línea del horizonte, hacia los mares que desconoce. Y cada día sale a pescar para buscar, entre redes y la calma de las olas, alguna sardina o algún salmonete. El sosiego de la vida marina calma su corazón de marinero inquieto.

Se ha ganado siempre la vida como pescador en su laúd heredado, llenando redes y nasas de pescado y marisco. En los amaneceres o en los atardeceres; en los inviernos o en las aguas más cálidas y pobladas del estío; con viento, calma o tormenta. «*Qui dorm no pesca*», le decía su padre cuando era joven.

Sin embargo, ahora sus partidas ya no buscan abastecer los mercados ni las fábricas de salazones ni las subastas de la lonja de la playa o de Rosas. Sólo pesca para sí mismo, para sentir el mar más cercano en su vida tranquila. Nadie lo ama como él, un mar que ha hecho suyo, en el que cada partida es un regreso al confín de sus sueños.

VIAJE DE REGRESO

Al abrigo de la inmensidad,
no es huida ni me abandono,
pues el camino ha sido un paseo
y eso me motiva a continuar.
Mi inicio siempre en la orilla
y con el fin en el horizonte,
respeto el mar, la meseta azul,
con sus cuestas y sus pendientes.
Inmigrar es tan sencillo,
entre lances y olas, me siento libre,
y emprendo la marcha a la latina
para vivir el mar en soledad.
Si emigro a mis orígenes,
allí donde el lecho fue la cuna,
los viajes se tornan travesía,
cuando partir es un regreso.